

“El problema de los orígenes y evolución del pensamiento náhuatl”

p. 299-340

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla.

Tomo XII. La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María de Garibay K. (prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2018

504 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-30-0714-6 (tomo XII, pasta dura)

Universidad Nacional Autónoma de México

ISBN 978-607-724-301-4 (tomo XII, pasta dura)

El Colegio Nacional

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/339.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VI. EL PROBLEMA DE LOS ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO NÁHUATL

Varias veces a lo largo de este libro hemos señalado las dificultades que implica pretender encontrar el origen y posible evolución de las ideas sobre las cuales se concentró y lucubró el pensamiento de los *tlamatinime* del siglo xv y principios del xvi. Obviamente los textos que se conservan, varios de los cuales se han analizado aquí, proceden en su mayor parte del periodo inmediatamente anterior a la Conquista. Son fruto de las reflexiones y planteamientos de problemas de los *tlamatinime* de Tezcoco, México-Tenochtitlan y de otros centros contemporáneos acerca de la divinidad, el universo, la muerte y el destino del hombre en la tierra.

En esos textos hemos encontrado diferencias de opinión y en algunos casos actitudes opuestas. Bastaría con recordar las diversas posiciones de que hemos hablado en el capítulo iv, respecto del problema de la supervivencia después de la muerte o las tendencias de los seguidores del pensamiento místico-militarista de Tlacaélel en contraposición con la actitud espiritualista de quienes cultivaron la que hemos descrito como “filosofía de flor y canto”.

Mas, a pesar de los manifiestos antagonismos y diferencias, salta a la vista que existe también un sustrato común de ideas y doctrinas que constituyen algo así como un marco de referencia dentro del cual los antiguos sabios piensan y plantean los problemas. Entre esas doctrinas están la idea o imagen del universo con sus rumbos cósmicos y sus estratos celestes e inferiores, los “soles” o edades del mundo que acaban de manera violenta, la idea del rostro masculino y femenino de Dios, la cuenta de los destinos a través de la cual corren el tiempo y la vida, las metáforas del “rostro y el corazón”, de “la flor y el canto”, y otros elementos culturales más.

Cuando los *tlamatinime* del siglo xv se refieren a estas y otras concepciones, implícita o expresamente aceptan que se trata de un legado de etapas mucho más antiguas. En ocasiones piensan que provienen de los tiempos toltecas, que son fruto de las meditaciones del sabio sacerdote Quetzalcóatl. Y aun en casos más bien aislados llegan a situar su



origen en épocas más remotas, relacionándolas con el pensamiento de los misteriosos fundadores de Teotihuacan, la ciudad de los dioses, o con las creencias de antiguos inmigrantes aparecidos por las costas del golfo de México que vivieron “en un tiempo del cual ya se ha perdido ahora la cuenta”.

En otras palabras, como nosotros tenemos actualmente conciencia de que somos herederos de ideas y concepciones grecorromanas, judaicas y cristianas, para no recordar otras, y nos vemos condicionados consciente o inconscientemente por ellas, así también los *tlamatinime* parecen haber tenido cierta noticia, en el grado que se quiera, de algunos de sus propios antecedentes culturales, sobre todo en lo tocante a su visión del mundo, en función de la cual inevitablemente tuvieron que circunscribir sus reflexiones y su planteamiento de problemas. Creían que en esos antecedentes, mitos y doctrinas de tiempos más antiguos se hallaban las raíces de la ulterior evolución de su cultura.

Para el moderno investigador de la filosofía de los *tlamatinime*, que no ha de contentarse con estudiar las formas prehispánicas de pensamiento como algo fuera del tiempo, sin orígenes ni evolución, el problema de esclarecer esos posibles antecedentes posee fundamental importancia.

Dejamos asentado desde luego que en esta búsqueda toda cautela parece poca. Para atribuir a una determinada doctrina un origen que se sitúa en una etapa cultural anterior es necesario encontrar evidencia suficiente en el campo de los testimonios históricos o de la arqueología. Con este enfoque crítico ensayaremos la búsqueda de cualquier indicio que nos permita aventurar al menos hasta cierto punto la presencia en etapas anteriores de lo que llegaría a ser sustrato de las doctrinas y concepciones fundamentales acerca de la divinidad, del hombre y del universo en el posterior pensamiento de los *tlamatinime*.

LOS MÁS ANTIGUOS VESTIGIOS

Antecedentes para la comprensión de ulteriores lucubraciones en el pensamiento náhuatl prehispánico son los viejos mitos cosmogónicos y otras antiguas creaciones de cultura intelectual, entre ellas distintas formas de ritos y varios sistemas para medir el tiempo. Originados al parecer esos mitos, ritos y calendarios en etapas culturales muy antiguas, podría decirse de ellos que constituyen algo así como el sustrato, en función del cual florecieron más tarde distintas formas de pensamiento. Aunque es difícil, y tal vez imposible, precisar el origen más

remoto de esas creaciones que habrían de dar marco al pensamiento prehispánico, cabe afirmar que los hallazgos de la arqueología y unas cuantas referencias, más bien aisladas, en los textos indígenas permitan ya atribuirles considerable antigüedad.

Es cierto que las afirmaciones que se hacen en algunas fuentes indígenas acerca de los orígenes de mitos y creencias no son por sí solas prueba y testimonio indubitables. Pero no podrá negarse al menos que son reflejo de una cierta manera de conciencia histórica que busca el origen, no ya sólo de hechos, sino también de ideas que, se piensa, tuvieron vigencia en etapas antiguas. Precisamente respecto de esas etapas anteriores, en las que hay total ausencia de otras formas de testimonio, toca a la arqueología esclarecer o desmentir lo que vagamente se expresa en algunos textos indígenas tardíos.

Con este criterio intentaremos aquí una primera búsqueda. Nos valdremos para ello de un texto conservado en náhuatl, con el ritmo y la estructura de un viejo poema, en el que se habla de los más remotos orígenes culturales de los pueblos de la región central de México. El texto fue transmitido por los informantes indígenas de Sahagún y se conserva en el *Códice matritense de la Real Academia*. Constituye de hecho la respuesta dada por los nahuas de principios del siglo XVI acerca de sus orígenes, no sólo étnicos y lingüísticos, sino sobre todo culturales.

Formulada por Sahagún la pregunta acerca de quiénes eran los aztecas o mexicas, responden los ancianos informantes elaborando una posible etimología para esclarecer su propio nombre. A continuación, en vez de referirse únicamente a la famosa peregrinación de las siete tribus nahuas procedentes de Chicomóztoc, o más concretamente a la venida de los aztecas desde las llanuras del norte, comienzan por dar cuenta de la llegada de pobladores mucho más antiguos, a quienes atribuyen no pocas de las creaciones culturales que más tarde habrían de ser patrimonio común de los pueblos nahuas y de otros dentro del ámbito del México antiguo.

Al evocar los viejos cantares, la respuesta de los informantes deja traslucir su empeño por situar dentro de un contexto cultural más amplio a los pueblos nahuas de reciente aparición. Entreverando mitos y tradiciones, recuerdan no ya sólo a los toltecas, sino también a los fundadores de Teotihuacan y, por fin, a hombres aún más alejados en el tiempo, como fueron los pobladores de la mítica Tamoanchan, gentes venidas de las costas del golfo de México a las que atribuyen la invención del calendario y la posesión de libros sagrados con antiguas doctrinas religiosas.



Al comentar y dar aquí en versión castellana los pasajes más pertinentes de este antiguo texto para ahondar en las raíces sobre las que tal vez descansa la ulterior evolución del pensamiento náhuatl, tomaremos en cuenta asimismo aquellos hallazgos de la arqueología que puedan desmentir o confirmar lo asentado por el testimonio tradicional de los ancianos informantes de Sahagún. El texto, que conserva a las claras su carácter de antiguo cantar o poema, dice así:

He aquí la relación
que solían pronunciar los ancianos:
en un cierto tiempo
que ya nadie puede contar,
del que ya nadie ahora puede acordarse,
quienes aquí vinieron a sembrar
a los abuelos, a las abuelas,
éstos, se dice,
llegaron, vinieron,
siguieron el camino,
los que vinieron a barrerlo,
vinieron a terminarlo,
vinieron a gobernar aquí en esta tierra,
que con un solo nombre era mencionada,
como si se hubiera hecho esto un mundo pequeño.
Por el agua en sus barcas vinieron,
en muchos grupos,
y allí arribaron a la orilla del agua,
a la costa del norte,
y allí donde fueron quedando sus barcas,
se llama Panutla,
quiere decir, por donde se pasa encima del agua,
ahora se dice Pantla (Pánuco).
En seguida siguieron la orilla del agua,
iban buscando los montes,
algunos los montes blancos
y los montes que humean...
Además no iban por su propio gusto,
sino que sus sacerdotes los guiaban,
y les iba hablando su dios.
Después vinieron,
allá llegaron,
al lugar que se llama *Tamoanchan*,



que quiere decir “nosotros buscamos nuestra casa”.
Y allí permanecieron algún tiempo.
Y los que allí estaban eran los sabios,
los llamados poseedores de códices.
Pero no permanecieron mucho tiempo,
los sabios luego se fueron,
una vez más entraron en sus barcas
y se llevaron la tinta negra y roja,
los códices y las pinturas,
se llevaron todas las artes,
la música de las flautas.
Y cuando iban a partir
convocaron a todos los que iban a dejar,
les dijeron:
“Dice el Señor nuestro,
Tloque Nahuaque,
que es Noche y Viento,
aquí habréis de vivir,
aquí os hemos venido a sembrar,
esta tierra os ha dado el Señor nuestro,
es vuestro merecimiento, vuestro don.
Ahora lentamente se va más allá
el Señor nuestro, Tloque Nahuaque.
Y ahora también nosotros nos vamos,
porque lo acompañamos
a donde él va,
al Señor, Noche, Viento,
al Señor nuestro, Tloque Nahuaque
porque se va, habrá de volver,
volverá a aparecer,
vendrá a visitaros,
cuando esté para terminar su camino la tierra,
cuando sea ya el fin de la tierra,
cuando esté para acabarse,
él saldrá para ponerle fin.
Pero vosotros aquí habréis de vivir,
aquí guardaréis vuestro don, vuestro favor,
lo que aquí hay, lo que aquí brota,
lo que se encuentra en la tierra,
lo que hizo merecimiento vuestro
aquel a quien habéis seguido.



Y ahora ya nos vamos,
le seguimos,
adonde él va.”
En seguida se fueron los portadores de los dioses,
los que llevaban a costas los envoltorios,
dicen que les iba hablando su dios.
Y cuando se fueron,
se dirigieron hacia el rumbo del rostro del sol,
se llevaron la tinta negra y roja,
los códices y las pinturas,
se llevaron la sabiduría,
todo se lo llevaron,
los libros de cantos y las flautas.
Pero se quedaron
cuatro viejos sabios,
el nombre de uno era Oxomoco,
el de otro Cipactónal,
los otros se llaman Tlaltetecuin y Xochicahuaca.
Y cuando se habían marchado los sabios,
se llamaron y reunieron
los cuatro ancianos y dijeron:
“¿Brillará el Sol, amanecerá?
¿Cómo vivirán, cómo se establecerán los *macehuales* (el pueblo)?
Porque se ha ido, porque se han llevado
la tinta negra y roja (los códices).
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?”
Entonces inventaron la cuenta de los destinos,
los anales y la cuenta de los años,
el libro de los sueños,
lo ordenaron como se ha guardado,
y como se ha seguido



el tiempo que duró
el señorío de los toltecas,
el señorío de los tepanecas,
el señorío de los mexicas
y todos los señoríos chichimecas.¹

La antigua relación por medio de la cual querían vincularse los nahuas con gentes poseedoras de cultura desde tiempos remotos es elocuente, y, en su última parte, se vuelve dramática al narrar el modo como fueron redescubiertas las antiguas instituciones de los anales y las diversas formas de calendario. En el relato hay muchos elementos netamente míticos. La sola evocación de las figuras de Oxomoco y Cipactónal, que en otros textos aparecen como los progenitores de la especie humana, es ya prueba de ello. Sin embargo, en la fusión de elementos míticos con la antigua tradición histórica existe un propósito bien definido: tratar de dar una explicación acerca del origen de importantes instituciones culturales, como son el calendario, los anales, los cantares y otras más, vinculadas estrechamente con su pensamiento religioso.

La relación se refiere a tiempos muy antiguos “que ya nadie puede contar, de los que ya nadie ahora puede acordarse”. De hecho se sitúan esos tiempos en una época anterior al esplendor teotihuacano, ya que precisamente la relación, al hablar más adelante de la ulterior dispersión de aquellas gentes poseedoras del calendario y de los anales, mencionará que, en tanto que algunos habrían de marchar hacia el sur siguiendo la orilla del agua hasta llegar a lo que el texto llama la región de Cuauh-temallan, otros habrían de ir a establecerse precisamente a Teotihuacan.

De cualquier manera que quiera analizarse este texto debemos reconocer que en él se ofrece el testimonio de la conciencia que tenían los nahuas acerca de una supuesta o tal vez real antigüedad de elementos culturales que más tarde habrían de ser también posesión suya. Entre esos elementos o antiguas creaciones culturales, cuyo origen se sitúa en tiempos que anteceden al mismo esplendor de Teotihuacan, están los siguientes:

a) La existencia de sistemas para medir el tiempo, concretamente el *tonalpohualli*, o cuenta de los días, y el *xiuhpohualli*, o cuenta de los años, así como de otras formas de representación o escritura, ya que se habla de *cuicámatl* o “libros de canto”.

¹ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia*, f. 191r-192v; AP I, 92.

b) La creencia en una suprema divinidad, invocada más tarde con los títulos de Tloque Nahuaque, Dueño del cerca y del junto, y de Yo-hualli, Ehécatl, Noche, Viento, así como en los ciclos cósmicos, manifiesta en el convencimiento de un inevitable fin de la edad en la que vive la humanidad presente.

c) La persuasión de que los orígenes de algunas de las artes que habrían de conocerse posteriormente como artes de los toltecas, tanto como de lo que se llamaría más tarde en náhuatl *tlamatiliztli* o sabiduría, deben situarse en tiempos muy antiguos.

A primera vista puede pensarse que las afirmaciones anteriores son fruto del afán de los informantes indígenas por atribuir una grande antigüedad a instituciones culturales que, sin duda, habían recibido ellos de otros pueblos. Sin embargo, si nuestro propósito en este capítulo es tratar de esclarecer hasta donde sea posible las más antiguas raíces de la ulterior evolución del pensamiento del México antiguo, debemos tomar en cuenta cualquier indicio o hallazgo que permita valorar al menos en parte estas afirmaciones de los informantes de Sahagún. Tan ingenuo sería aceptarlas como testimonio estrictamente histórico, como desecharlas a la ligera, pensando que se trata de puras fantasías. Obviamente el camino para poder aquilatar hasta un cierto grado el valor de lo afirmado por los informantes es el de los hallazgos de la arqueología.

Los orígenes del calendario y la escritura

Comencemos por la primera de las afirmaciones, la que se refiere a la posible existencia de antiguas formas de escritura y de sistemas para medir el tiempo, concretamente el *tonalpohualli* o cuenta de los días y el *xiuhpohualli* o calendario solar de 365 días, en una época anterior al periodo tolteca de los siglos IX a XI d. C. Una primera búsqueda acerca de la antigüedad de estas formas de calendario y escritura en la época que designan los arqueólogos como horizonte clásico (siglos I-IX d. C.) permite esbozar un principio de respuesta. En Teotihuacan se han encontrado inscripciones, identificadas por los arqueólogos Alfonso Caso y César Lizardi como de carácter calendárico. Según la opinión de estos investigadores puede sostenerse que los teotihuacanos tuvieron ya conocimiento tanto del *xiuhpohualli* como del *tonalpohualli*.² No pretendiendo

² Alfonso Caso, "¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del *tonalpohualli*?", *El México Antiguo*, México, 1937, v. IV, n. 3-4, p. 131-143; César Lizardi Ramos, "¿Conocían el

aducir por ahora hallazgos procedentes de otras zonas arqueológicas, añadiremos tan sólo que el estudio de los glifos calendáricos del mundo maya clásico permite expresar igual afirmación respecto de esa cultura que tantas semejanzas guarda con la del Altiplano Central de México. Desde otro punto de vista, deben también mencionarse algunas pinturas murales que se conservan en palacios teotihuacanos, como los de Tetitla y Tepantitla, en los que hay representaciones de carácter pictográfico e ideográfico (por ejemplo, la voluta florida que indica el canto), algunas de las cuales habrían de emplearse también más tarde por los mismos nahuas de los siglos xv y xvi.

Pero, si sabemos que ya en el horizonte clásico había estas formas de representación, en particular las de carácter calendárico, cabe preguntarnos ahora, dando un paso más en la búsqueda: ¿hay alguna evidencia arqueológica que permita afirmar su existencia en tiempos anteriores a dicho horizonte, o lo que es lo mismo, en tiempos anteriores a la era cristiana? La respuesta a este problema nos la da la arqueología y la encontramos formulada con precisión por el mismo Caso que ha consagrado detenidamente su atención al tema de los orígenes de los calendarios prehispánicos. Como nos llevaría mucho tiempo presentar aquí de manera directa los testimonios que ofrece a este respecto la arqueología, nos limitamos a transcribir las propias palabras de Caso:

Podemos ahora tratar de un aspecto que corresponde a una cultura superior, aquella que ya tiene escritura y calendario. Los datos que ha entregado el Carbón 14 en las muestras que mandamos a Libby, demuestran que ya existía en Mesoamérica una escritura y un calendario con el *tonalpohualli* y el año, en una época que podemos fijar por lo menos 600 años a. C.; pero este calendario aparece ya tan formalizado y tan unido a otros aspectos muy avanzados de la cultura mesoamericana (cerámica, esculturas en piedra, jades, pirámides, palacios, etcétera) que indudablemente es el resultado de una larga elaboración que arranca de varios siglos antes de la Era Cristiana.³

Queda claro que la arqueología ha logrado establecer la existencia de sistemas calendáricos y de otras formas de representación pictográ-

xthuitl los teotihuacanos?", *El México Antiguo*, México, 1955, v. VIII, p. 220-223.

³ Alfonso Caso, "Relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Una observación metodológica", *Cuadernos Americanos*, México, año XXI, v. CXXV, noviembre-diciembre de 1962, p. 167-168.



fica e ideográfica en el ámbito del México antiguo desde tiempos considerablemente anteriores al esplendor teotihuacano. Lo que es más, en función de antiguos hallazgos, cabe pensar que el origen del calendario ocurrió precisamente en algún lugar de las costas del golfo de México. Así, sorprendentemente encontramos que la confrontación del testimonio de los informantes de Sahagún en este punto con los hallazgos de la arqueología ha tenido un resultado positivo. No fue producto de fantasía afirmar, como ellos lo hicieron, que desde tiempos anteriores a Teotihuacan “se inventaron la cuenta de los días (el *tonalpohualli*), los anales y la cuenta de los años (el *xiuhpohualli*)”.

Grande es la importancia que tiene para la comprensión de la ulterior evolución del pensamiento náhuatl saber que la existencia de estos sistemas calendáricos y de escritura se remonta a cerca de un milenio antes de Cristo. El calendario entre los mayas, como entre los nahuas, zapotecas, mixtecas y otros varios pueblos del México antiguo, era como la espina dorsal que les permitía moverse, actuar y pensar dentro del tiempo. No ya sólo desde un punto de vista utilitario, en relación principalmente con la agricultura, sino también estrechamente ligado a las fiestas religiosas, a las conmemoraciones, a los mitos cosmogónicos y en una palabra a su vida social y religiosa, el calendario ocupó siempre lugar principalísimo y casi diríamos omnipresente. Desde otro punto de vista, su existencia pone de manifiesto que ya desde varios siglos antes de la era cristiana hubo hombres dedicados a la especulación y a los cálculos matemáticos, ligados con las observaciones astronómicas, todo ello principio y raíz de otras formas de pensamiento que no parece exagerado describir como primer fruto de una larga evolución en el ámbito de la cultura intelectual prehispánica.

La atribución de antiguas creencias

Establecida así una cierta manera de concordancia entre el testimonio de los informantes de Sahagún y los descubrimientos de la arqueología por lo que se refiere a la antigüedad del calendario prehispánico y de otras formas de representación escrita, pasamos ahora a examinar las otras afirmaciones formuladas en el texto que estamos estudiando. Se dice en él que aquellos poseedores del calendario eran seguidores de un dios a quien llamaban “el Señor nuestro, Dueño del cerca y del junto (Tloque Nahuaque), que es Noche y Viento”. Y al parecer aluden igualmente los informantes al viejo mito de las edades y soles cosmogónicos cuando dicen que ese dios que se marcha “habrá de volver...

cuando esté para terminar su camino la tierra... cuando sea ya el fin de la tierra... cuando esté para acabarse..."⁴

Al pasar a considerar estas afirmaciones de los informantes, repetimos que somos conscientes de que es más que problemático poder comprobar la atribución de creencias determinadas a gentes que vivieron en los tiempos teotihuacanos y más aún en el horizonte preclásico que los antecedió. Es evidente que, en el orden de las creencias e ideas, los hallazgos arqueológicos tan sólo en grado muy limitado podrán desmentir o confirmar lo expresado por un texto de origen tan tardío. Por otra parte, lejos estamos de pretender demostrar que las afirmaciones de los informantes, especialmente cuando quieren atribuir un antiquísimo origen a sus propias creencias, sean en todo punto ciertas. Por ello nos circunscribimos ahora a buscar aquellos indicios que nos permitan fijar un cierto grado de antigüedad que verosíblemente pueda concederse a las creencias religiosas de que se habla en este texto.

Con este fin examinaremos la documentación que se conserva en algunos códices de origen prehispánico y en otros textos de procedencia indígena. Respecto del ámbito de la cultura náhuatl del Altiplano cabe afirmar con base en estas fuentes que, al menos desde los tiempos toltecas, tuvo vigencia el mito o creencia de las edades o soles cosmogónicos al que constantemente se alude y respecto del cual la misma arqueología ofrece varios testimonios. Otro tanto puede decirse acerca de la fe en la divinidad suprema que, como hemos visto en los capítulos anteriores, es invocada con diversos títulos, entre ellos el de Tloque Nahuaque. Al lado de otros muchos dioses o númenes tutelares, creían ya los antiguos toltecas en la suprema divinidad una y dual a la vez, conocida también con el nombre de Ometéotl, dios de la dualidad.

Como prueba de lo dicho bastará con recordar un antiguo himno conservado en la *Historia tolteca-chichimeca*, redactada, como se ha dicho, sobre la base de los informes proporcionados por indígenas de Tecamachalco, Puebla, hacia 1540. Las circunstancias en que, según la *Historia tolteca-chichimeca*, fue cantado este himno, ponen de manifiesto su considerable antigüedad. En resumen puede decirse que las palabras del himno sirvieron a dos grupos de origen tolteca para identificarse y poder afirmar que pertenecían a una misma estirpe. El himno, que transcribimos aquí una vez más, corrobora la hipótesis de una antigua creencia tolteca en el supremo dios de la dualidad:

⁴ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia*, loc. cit.



En el lugar del mando, en el lugar del mando gobernamos:
es el mandato de mi señor principal.
Espejo que hace aparecer las cosas.
Ya van, ya están preparados.
Embriágate, embriágate,
obra el dios de la dualidad,
el inventor de los hombres,
el espejo que hace aparecer las cosas.⁵

A lo largo de este libro, y especialmente en el capítulo III, se ha mostrado aduciendo otros antiguos testimonios, entre ellos varios fragmentos de algunos *huehuehtlahtolli* o discursos de los ancianos, así como otros himnos y cantares, que la divinidad dual, *Ometéotl*, era en el pensamiento náhuatl el mismo dios supremo que se invocaba también con otros títulos como el de *Moyocoyani*, “Inventor de sí mismo”, *Huehuetéotl*, dios viejo, y también *Tloque Nahuaque*, “Dueño del cerca y del junto”.

Ahora bien, si analizamos otras fuentes de origen no náhuatl, pero provenientes todas del ámbito cultural de la América Media, podrá tal vez ensayarse una cierta forma de inferencia capaz de acercarnos a una verosímil respuesta sobre la antigüedad de estas creencias. Encontramos justamente que en algunos textos indígenas del área maya, tan importantes como el celeberrimo *Popol Vuh* de los quichés, y en algunos de los libros de *Chilam Balam* de los mayas de Yucatán, se hace frecuente mención a la misma suprema divinidad. Aunque es cierto que los títulos con los que es invocada no son idénticos a los que conocemos del mundo náhuatl, hay clara equivalencia en los atributos, principalmente en aquellos que se refieren a su ser uno y dual a la vez. Así, si el *Tloque Nahuaque* de los nahuas es *in Tonan*, *in Totah*, “nuestra madre”, “nuestro padre”, en el mundo mayance es *Alom*, *Qaholom*, “la que concibe, el que engendra”. Y si en náhuatl de manera abstracta se le nombra *Ometéotl*, “Señor de la dualidad”, en el quiché del *Popol Vuh* se le invoca como *Cabauil*, “el de dos collares”, que es al mismo tiempo *Quxcah* y *Quxuleu*, “Corazón del cielo y Corazón de la tierra”.⁶

⁵ *Historia tolteca-chichimeca*, edición facsimilar de E. Mengin, p. 33; *AP I*, 34.

⁶ Véase *Popol Vuh*, *Las antiguas historias del quiché*, 2a. ed., traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 83-88, y *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, versión de Antonio Mediz Bolio, San José, Costa Rica, Ediciones del “Repertorio Americano”, 1930, p. 53-60.

Y tratando de otras culturas que florecieron dentro del mismo marco geográfico de la América Media, hallamos también en el caso particular de los mixtecos el testimonio pictográfico que se conserva en los códices *Selden 1*, *Vindobonense* y *Gómez Orozco*, así como en una antigua tradición recogida en la región de Cuilapa acerca de parecida creencia en la suprema dualidad creadora, masculina y femenina a la vez.⁷

Y es importante notar que en las fuentes que hemos mencionado, tanto de origen mayance como mixteca, la creencia en ese supremo dios dual aparece justamente ligada al mito de las edades o soles cosmogónicos y a la antigua visión del mundo con sus diversas orientaciones y planos superiores e inferiores, de la que hemos tratado ampliamente a propósito del pensamiento náhuatl, en el capítulo II del presente libro.

El hecho de la presencia de estas creencias y mitos desde los tiempos del horizonte postclásico (siglos IX-XI d. C.), no ya sólo entre los toltecas sino en el área maya y al menos también entre los mixtecos de Oaxaca, nos lleva a plantearnos la siguiente pregunta: ¿cuál puede ser el origen de este conjunto de mitos y concepciones que había logrado ya tan considerable difusión y aceptación por parte de pueblos apartados entre sí y de lenguas tan distintas como son las de los mixtecos, los mayas y quichés y las gentes de idioma náhuatl?

En busca de una respuesta a la pregunta anterior, no creemos aventurar novedad alguna si afirmamos que semejanzas tan manifiestas en el horizonte postclásico entre los nahuas, mayas y pueblos de Oaxaca, en cuanto a esa visión del mundo, parecen apuntar a un origen común, relacionado estrechamente con un más antiguo foco de cultura. El problema está precisamente en precisar cuál puede ser el antiguo foco del que partió la difusión de esas ideas y creencias. ¿Fue alguno de los que florecieron a raíz de la ruina de Tula hacia el siglo XI d. C.? ¿O uno de los estados, señoríos o “zonas-núcleos” de alta cultura del horizonte clásico de los siglos I a IX d. C.? ¿O posiblemente aquella “cultura madre” originada en las costas del golfo de la cual, como ya vimos, parecen provenir el calendario, la escritura y otras diversas formas de creación en el campo del arte?

⁷ Véase *Codex Selden 1*, en Lord Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, London, 1831, v. 1, especialmente la página 1 del código. Alfonso Caso, *Interpretación del Código Gómez de Orozco* (y reproducción facsimilar del mismo), México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, s. f. Respecto del *Código Vindobonense*, véase lo dicho acerca de la representación en él de la divinidad dual en *Interpretación del Código Gómez de Orozco*, p. 13. “La relación de Cuilapa”, a la que también alude Caso en dicho trabajo, se conserva en fray Gregorio García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, Madrid, 1729.

Tratando de esa “cultura madre”, cuyo foco original sitúa Alfonso Caso en la que llama “zona mesopotámica de Veracruz y Tabasco”, indica él justamente que, quien desee acercarse al conocimiento de sus creaciones originales deberá buscar las semejanzas existentes en culturas que se vieron influidas por ella para poder decantar así lo que parece haber sido herencia común:

Para reconstruir esta cultura madre, escribe Caso, debemos seguir un método semejante al que usan los lingüistas para la reconstrucción de las lenguas madres. Partiendo de semejanzas entre las culturas diferentes, llegar a la conclusión del rasgo original del que derivan las semejanzas.⁸

Se sabe por los descubrimientos de la arqueología que, en el campo de las creaciones artísticas y en el sumamente importante de los objetos hallados con inscripciones de carácter calendárico de procedencia olmeca, la influencia de esta antigua cultura se dejó sentir en no pocos sitios de la América Media. Para citar sólo los principales, mencionaremos La Venta (Tabasco), Tres Zapotes, Cerro de las Mesas, San Andrés Tuxtla, Piedra Labrada (Veracruz), así como diversos lugares de Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, México, Morelos, Guerrero, Chiapas, Guatemala y El Salvador.⁹ Y no estará de más destacar que, justamente la abundancia de inscripciones calendáricas en los hallazgos efectuados en la amplia zona que abarcó esa cultura, pone ya de manifiesto que su difusión comprendió también conocimientos de carácter estrictamente racional.

En este punto de nuestra búsqueda sobre los orígenes de estos mitos y creencias acerca de la divinidad, de los soles cosmogónicos y de la imagen del universo, nos encontramos por consiguiente ante dos hechos confirmados por la arqueología y las fuentes históricas. Por una parte, sabemos que esas creencias y mitos, a pesar de diferencias y variantes de matiz, eran patrimonio común de no pocos pueblos de la América Media a partir del horizonte postclásico, entre ellos principalmente de quienes se conservan fuentes escritas, como son los de habla náhuatl, mayance y mixteca. Por otra, conocemos también, por los hallazgos arqueológicos, que en las zonas en que vivieron estos grupos se dejó sentir antes la influencia directa de la antigua cultura madre, no sólo en lo que a sus estilos artísticos se refiere, sino también en aspectos de cultura intelectual tan importantes como la escritura y el calendario.

⁸ Alfonso Caso, “¿Existió un imperio olmeca?”, sobretiro de *Memoria de El Colegio Nacional*, México, t. v, n. 3, 1964, p. 46.

⁹ *Ibid.*, p. 13-21.



Y justamente como la formulación y expresión de mitos, como el de “los soles cosmogónicos”, se halla estrechamente ligada con los cálculos calendáricos y las antiguas formas de escritura, principalmente de carácter ideográfico, no creemos que sea absurdo fijar la atención en la última de las posibilidades que señalamos antes: ¿cabe afirmar que, así como recibieron los grupos de la región central de México, los del área maya y de Oaxaca la escritura y el calendario provenientes de la antigua cultura madre, así también se deriva de ella, al menos en germen, el núcleo de esos mitos y creencias? De ser esto así, podrían situarse en una época varios siglos anterior a la era cristiana los orígenes de la evolución de las diversas formas de pensamiento, estrechamente ligadas con el calendario, que florecieron en el ámbito de la América Media. Por lo que a nuestro particular interés se refiere, podría afirmarse también que la posterior trayectoria del pensamiento que muchos siglos más tarde habrían de cultivar las gentes de idioma náhuatl encontraría sus raíces últimas en ese horizonte cultural, cerca de dos milenios anterior a los días de la Conquista.

Para aceptar o rechazar esta hipótesis parece necesario esclarecer en este punto si es que hubo una relación más directa, sin solución de continuidad, a través de las diversas etapas y aun de distintos grupos, entre “los pueblos herederos” de esas formas de pensamiento y la antigua cultura madre, como sucedió en el caso del calendario y la escritura. Sólo así podría afirmarse que la semejanza de creencias y mitos deriva, no de la transmisión o eventual imposición del pensamiento propio de uno solo de los grupos mencionados respecto de los demás en una época más tardía, sino más bien como herencia en común de esas ideas que provendrían por consiguiente de la llamada cultura olmeca.

Al parecer, de entre los varios complejos culturales que florecían en la América Media durante el horizonte clásico, aquel que dejó sentir en mayor grado su influencia en otras áreas es precisamente el que tuvo su origen en Teotihuacan. Esto es a tal grado verdadero que, como lo ha notado ya Ignacio Bernal al tratar de la cultura zapoteca, en el caso de la etapa conocida como Monte Albán III-A, comienza ésta a definirse esencialmente “por el tipo de vida que Teotihuacán exporta”.¹⁰

Respecto del área maya pueden recordarse igualmente ejemplos de influencia teotihuacana, entre otros sitios, en Kaminaljuyú y en Tikal, señalados asimismo por arqueólogos como Kidder, Jennings y Shook. Analizando justamente estas influencias teotihuacanas en el campo de

¹⁰ Ignacio Bernal, “Monte Albán and The Zapotecs”, *Boletín de Estudios Oaxaqueños*, Oaxaca, n. 1, 1958, p. 6.

la arquitectura, la cerámica y la pintura, más manifiestas aun entre los pueblos nahuas de la etapa postclásica, nota Demetrio Sodi en un reciente estudio:

En el ámbito geográfico náhuatl, esta influencia teotihuacana arquitectónica es más notoria todavía. El sistema de construcción teotihuacana es copiado en todas partes, y en ocasiones superpuesto a construcciones más antiguas... En Teotihuacán aparecen por primera vez símbolos tan importantes como los relacionados con la penitencia, con el complejo serpiente emplumada, el hombre-tigre, pájaro-serpiente; símbolos planetarios, la cruz de cinco puntos, la cruz de Quetzalcóatl o cruz de Kan, el jeroglífico de *ollin*, el signo de la flor y el canto, la mariposa, signos acuáticos, águilas y tigres, corazones, cuchillos para el sacrificio; huellas de pies representando caminos, etcétera, todo esto acompañado de una inmensa cantidad de símbolos relacionados con los dioses, ya que en Teotihuacán se complica sobremanera el panteón indígena y son por primera vez identificados muchos de los dioses que perduran hasta la época azteca. Recordemos, respecto a esta última afirmación, la maravillosa representación pictórica del Tlalocan o paraíso de Tláloc.¹¹

Siendo, como lo es, indudable la influencia teotihuacana en numerosos sitios de la América Media, queda claro que se dejó sentir con mucha mayor fuerza y profundidad en el ámbito de la región central de México que, como lo muestra el autor ya citado, fue sin duda tributaria de quienes pensaron y vivieron en ese gran centro que fue la ciudad de los dioses.

En este sentido el periodo clásico teotihuacano fue, como lo habremos de comprobar más detenidamente, momento importantísimo dentro de la secuencia que parece haberse originado con la "cultura madre" de las costas del golfo y que habría de alcanzar en el Altiplano diversas etapas de florecimiento, desde el mismo de la ciudad de los dioses, hasta el de los toltecas de la Tula histórica y el más tardío de los tiempos aztecas.

Paralelamente en el área maya y en Oaxaca hubo también una secuencia semejante, a partir de la temprana aparición de la escritura, relacionada sobre todo con los cómputos calendáricos y con la representación de los mitos y atributos de los dioses. Siendo fundamental-

¹¹ Demetrio Sodi, "Consideraciones sobre el origen de la *toltecáyotl*", *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. III, 1962, p. 71-72.



mente iguales los sistemas de calendario que poseyeron estas culturas desde la época clásica: el solar de 365 días (*xiuhpohualli* en el Altiplano y *haab* entre los mayas), así como el mágico-advinatorio de 260 días (conocido como *tonalpohualli*, *tzolkin*, *pije*, etcétera), no es inverosímil suponer que los correspondientes ciclos de fiestas y prácticas religiosas de esos distintos pueblos, al estar normados por idénticos sistemas de medir el tiempo, guardaran también, aun cuando fuera en distintos grados, no pocas semejanzas.

Más aún, la misma concepción de los grandes centros ceremoniales de mayas, zapotecas, mixtecas y gentes del Altiplano, que siguieron *patrones* muy parecidos desde la época clásica con sus templos, pirámides truncadas superpuestas, símbolo de los pisos celestes y de la distribución cósmica hacia los cuatro rumbos del mundo; los recintos para el juego ritual de pelota, evocación también de antiguos mitos, parecen confirmar la existencia de una evolución paralela en el ámbito cultural de la América Media.

Finalmente los contactos e influencias, como las ya mencionadas de Teotihuacan en Monte Albán, en Xochicalco, en Cholula y en el área maya; como las que parecen estar implicadas por las figuras humanas de rasgos mayances, relacionadas precisamente con cálculos y posibles correcciones calendáricas en la célebre pirámide de Xochicalco y, más tarde, la presencia de gentes de la región central entre los mayas, con consecuencias tan visibles en la misma arquitectura como son las semejanzas de la pirámide de Quetzalcóatl en Tula con el llamado “templo de los guerreros” en Chichén Itzá, están mostrando que en realidad, a pesar de las incontables variantes y diferencias locales, estas formas recíprocas de intercambio fueron fácilmente asimilables precisamente por provenir de pueblos con instituciones culturales verosímilmente casi idénticas en sus orígenes.

Así, habiendo partido en este análisis sumario, como lo apuntaba ya Alfonso Caso, “de semejanzas entre culturas diferentes para llegar a la conclusión del rasgo original del que derivan las semejanzas”,¹² cabría afirmar, por lo que toca más directamente a la recordación de mitos y creencias semejantes en los códices y textos indígenas de procedencia nahua, mayance y mixteca, que no parece absurdo ni imposible atribuirles, al menos básicamente, al origen común de estas culturas. De ser esto así, tendríamos que, por lo menos el núcleo básico de la temática de antiguos mitos, como el de los soles cosmogónicos, los que tratan del dios viejo, del dios de la lluvia, y posible-

¹² Alfonso Caso, “¿Existió un imperio olmeca?”, en *op. cit.*, p. 46.

mente de la suprema deidad dual, al igual que los calendarios, las primeras formas de escritura y los criterios que regulaban la erección y la planta en general de los centros ceremoniales, se derivan todos de una inspiración común, patente ya por lo menos desde la etapa clásica, o sea desde unos quince siglos antes de la llegada de los conquistadores.

Somos conscientes de que la anterior afirmación se encuentra sólo en el campo de lo verosímil y no deja de ser una hipótesis. Sin embargo, hasta donde nos lo ha permitido el análisis de fuentes y hallazgos arqueológicos, nos parece que se trata de una hipótesis digna posiblemente de ulterior comprobación. La hipótesis cuenta además en su favor con el testimonio de los antiguos himnos aducidos por los informantes de Sahagún. En esos textos, como ya hemos visto, así como *con fundamento* se atribuyen orígenes pre-teotihuacanos al calendario y a la escritura, también se concede parecida antigüedad a los mitos y creencias, sustrato de esa visión del mundo que llegó a ser posesión común de las naciones mesoamericanas por lo menos desde el horizonte postclásico.

El origen de algunas de las artes

Daremos ahora un último paso en lo que concierne a la búsqueda de los orígenes de esas formas de pensamiento que habrían de condicionar, muchos siglos más tarde, la evolución de la cultura intelectual de los pueblos prehispánicos y, en nuestro caso particular, de las gentes de idioma náhuatl. Nos ocuparemos para ello de la última de las afirmaciones implicadas por las palabras de los informantes de Sahagún en el texto que citamos al principio de este capítulo. Sostienen los informantes que aquellos sabios, oriundos de las costas del golfo, eran también poseedores de la *toltecáyotl* (conjunto de las artes toltecas) y de la *tlamatiliztli* o sabiduría.

El término *toltecáyotl* connotaba en la lengua de los nahuas el conjunto de las artes, artesanías e ideales más elevados de la cultura tolteca. Al atribuir los informantes las creaciones de la *toltecáyotl* a esa etapa cultural que claramente reconocen es muy anterior a Teotihuacan y a la Tula histórica, en realidad se valen de este bien conocido término para afirmar que, como en el caso de la antigua sabiduría o *tlamatiliztli*, los orígenes de algunas de esas artes que después cultivarían los toltecas debían también situarse en los mismos tiempos en que vivieron los primeros poseedores del calendario.

No es nuestra intención ofrecer aquí un catálogo de las diversas formas de creación artística que, según los hallazgos arqueológicos, parecen derivarse, al menos en su inspiración, del foco original de cultura que comenzó a florecer en la región del golfo. Ya hemos visto que su difusión se dejó sentir en una muy amplia región de la América Media. Por ello nos limitaremos a señalar que, más quizás que en tipos de creaciones determinadas, la antigua cultura habría de influir como fermento que, a través de la etapa formativa, habría de fructificar plenamente en el horizonte clásico mayance, de Oaxaca y de Teotihuacan. Esto parece especialmente válido en lo que concierne no ya sólo a la cerámica, sino también a la escultura, las inscripciones y las grandes edificaciones sagradas, de las que parecen ser anticipo los centros ceremoniales de La Venta, Tres Zapotes y el Cerro de las Mesas. Para no dar sino un ejemplo en la escultura, recordaremos las representaciones del motivo básico “máscara de tigre”, probable anticipo del dios de la lluvia, Tláloc entre los nahuas, Cocijo en Monte Albán y Chaac para los mayas.¹³

Refiriéndose precisamente a la difusión e influencia que alcanzaron las manifestaciones artísticas de esta cultura conocida como “olmeca”, uno de sus más entusiastas investigadores, el desaparecido Miguel Covarrubias, escribió:

Se trata de un arte que no tiene nada de primitivo, y que no es uno de tantos estilos locales, sino una cultura madre muy antigua que ejerció una influencia definitiva en las artes del horizonte arcaico y del periodo de transición a la época de las culturas clásicas, como por ejemplo las épocas de Oaxaca llamadas Monte Albán I y II; la época Chicanel de la zona maya que precede al llamado Viejo Imperio, la segunda época de Teotihuacán, y sobre todo a las culturas de la costa del Golfo: Tres Zapotes, Cerro de las Mesas y El Tajín...¹⁴

En resumen, puede afirmarse que la arqueología ofrece suficientes pruebas de una difusión de elementos y motivos en el campo de la crea-

¹³ Véase a este respecto el trabajo de Wigberto Jiménez Moreno, “El enigma de los olmecas”, *Cuadernos Americanos*, México, v. 5, n. 1, 1942, p. 113-145. En este importante artículo trata precisamente su autor del problema de los orígenes e influencia que ejerció esta cultura. En la p. 118 muestra de manera gráfica la evolución de la “máscara de tigre” en relación con las representaciones del dios de la lluvia, deidad que llegó a ser venerada en casi todo el ámbito de las culturas de la América Media.

¹⁴ Miguel Covarrubias, “El arte olmeca o de La Venta”, *Cuadernos Americanos*, México, v. 4, 1946, p. 177-178.

ción artística, provenientes al parecer de ese mismo foco en que nacieron la escritura y el calendario. Por ello puede también decirse que, cuando los informantes indígenas atribuyen a los misteriosos pobladores de las costas del golfo las que al menos en germen habrían de ser “artes de los toltecas”, no parecen hacerlo impulsados por su fantasía, sino más bien como poseedores de antigua tradición.

Llegados a este punto en nuestra investigación acerca del origen de las instituciones de cultura intelectual que habrían de enmarcar y hasta cierto punto determinar el nacimiento y la evolución del mucho más tardío pensamiento náhuatl, creemos conveniente destacar los que parecen resultados obtenidos. El texto de los informantes, que ha servido de introducción a nuestra búsqueda, afirma la presencia en las costas del golfo, en tiempos anteriores a Teotihuacan, de gentes poseedoras de la escritura y el calendario, de mitos y creencias en cierto grado semejantes a las que tuvieron más tarde los nahuas y, finalmente, de formas de creación artística que parecen anticipo de la que habría de ser la *toltecáyotl* o conjunto de las artes toltecas. Por otra parte, la arqueología nos confirma que varios siglos antes del horizonte clásico floreció una cultura que se ha designado como “olmeca” y que tuvo como foco más antiguo “el de la región mesopotámica” de las costas del golfo, entre Veracruz y Tabasco. Los mismos hallazgos arqueológicos muestran que al parecer se trata de la que habría de ser “cultura madre”, en el ámbito de la América Media.

A ella debe atribuirse, en virtud de numerosos descubrimientos, la más antigua invención de la escritura y del calendario dentro de este marco geográfico. De ella parecen provenir asimismo elementos y concepciones que habrían de fructificar y desarrollarse más tarde en el campo del arte, a partir del horizonte clásico. Y respecto de la antigüedad de algunos de los mitos y creencias que después se difunden por la América Media, las inferencias que hemos formulado parecen arrojar también alguna luz. La estrecha vinculación que guardan esos mitos con el calendario, la escritura, y la concepción original de los centros ceremoniales con una arquitectura que evoca la antigua visión del mundo, inclina a tener por válidas las palabras de los informantes que atribuyen también su origen a los misteriosos sabios “poseedores de libros de pinturas” aparecidos por las costas de oriente, algunos de los cuales marcharon “buscando los montes blancos, los montes que humean”, en tanto que otros se dirigieron hacia la región de Cuauhtemallan.

De comprobarse plenamente esta hipótesis, tendríamos en ella una respuesta a la pregunta sobre los orígenes del pensamiento que habría de difundirse y florecer más tarde entre las diversas culturas del Mé-



xico antiguo. Además nos encontraríamos con dos hechos ciertamente impresionantes: el primero de ellos sería el de una larga continuidad de desarrollo y evolución del pensamiento a través de cerca de dos milenios antes de la Conquista. Esto ayudaría a comprender cómo pueblos habituados ya a la especulación matemática implicada por sus calendarios pudieron elaborar diversas formas de pensamiento, sin excluir las que en otras culturas han recibido el nombre de filosofía. El otro hecho igualmente importante que cabe derivar es lo que llamaremos sentido de la tradición y profunda conciencia histórica del hombre prehispánico. Porque, si es cierta la correlación formulada entre los hallazgos de la arqueología y el dicho de los informantes, estamos ante un testimonio acerca no sólo de hechos, sino también de ideas que se pensaron aproximadamente dos milenios antes.

Y no es que se pretenda desvanecer lo que tienen de mítico las palabras citadas de los informantes. Aceptando que hay en ellas elementos de carácter mitológico, no por esto deberá menospreciarse su valor de testimonio sobre el antiguo origen del calendario, la escritura y otras instituciones. Si en el área maya hay estelas con inscripciones que hacen referencia a muchos siglos anteriores a la Conquista y si en los códices mixtecos existe una cronología que se remonta hasta mediados del siglo VII d. C., también entre los pueblos nahuas existen vestigios de ese mismo afán por preservar el recuerdo del pasado. El testimonio de los informantes de Sahagún acerca de sus más remotos orígenes culturales viene a ser otra prueba de esto mismo.

Tras haber intentado esta búsqueda acerca de las que parecen más profundas raíces sobre las que iba a descansar el pensamiento de los *tlamatinime* o sabios nahuas, pasaremos ahora a ocuparnos brevemente de la muy escasa información de que disponemos para el estudio de la ulterior evolución de ese pensamiento durante el horizonte clásico teotihuacano y después, con una relativa abundancia de fuentes, dentro ya de la etapa de florecimiento de la Tula histórica.

LOS ANTECEDENTES CULTURALES DE PROBABLE ORIGEN TEOTIHUACANO (SIGLOS I-IX D. C.)

Examinaremos ahora los posibles antecedentes durante el horizonte teotihuacano de lo que llegaría a ser el pensamiento náhuatl. Confesamos antes que nada que, como en el caso de la “cultura madre” también respecto de lo más elevado de las instituciones teotihuacanas, entre ellas su pensamiento, nos encontramos frente a enigmas y oscuridades.

Por algunas de las pinturas murales teotihuacanas sabemos de la existencia de sacerdotes y sabios que verosíblemente se dedicaron a diversas formas de especulación, relacionadas tal vez con las observaciones astronómicas, los cálculos calendáricos, los conocimientos acerca de la divinidad y la reflexión sobre los antiguos mitos. Y es interesante notar que el mismo testimonio de los informantes de Sahagún, que habla de sus orígenes culturales, al tratar de Teotihuacan se refiere también a la presencia y actuación en ella de sacerdotes y sabios:

Allí vinieron a reunirse en Teotihuacán,
allí se dieron las órdenes,
allí se estableció el señorío.
Los que se hicieron señores
fueron los sabios,
los concedores de las cosas ocultas,
los poseedores de la tradición...¹⁵

Desgraciadamente no disponemos de fuente alguna que nos permita conocer en detalle las especulaciones de estos sabios ni menos aún seguir la evolución de su pensamiento a través de las varias etapas de Teotihuacan. Por ello nos restringimos a señalar algo de lo que puede inferirse en virtud principalmente de los hallazgos de la arqueología.

Ya hemos dicho que en Teotihuacan se han encontrado inscripciones que dan testimonio de que en ella tenían vigencia las dos formas de calendario: el *tonalpohualli*, o cuenta de los días, y el *xiuhpohualli*, o cuenta de los años. El calendario había llegado a Teotihuacan como resultado de la difusión proveniente de las costas del golfo. Otros elementos culturales parecen provenir también, al menos en su modelo conceptual, de la antigua cultura madre. Entre ellos se cuentan algunos motivos y técnicas más perfeccionadas en la cerámica y la escultura, así como probablemente la idea de la planificación y edificación de templos y recintos ceremoniales.

Pero es justamente la ciudad de los dioses, en donde se continúan las excavaciones, la que podrá revelarnos de manera implícita algo de lo que fue la concepción que le dio origen. Sus dos grandes pirámides, edificadas dentro de una gran planta concebida con sentido religioso pero también urbanístico, son modelo de lo que será la arquitectura sagrada en la América Media. Las terrazas superpuestas con taludes inclinados y con una escalera central con alfaridas, coronado todo por

¹⁵ Informantes de Sahagún, *op. cit.*, f. 195r; *AP I*, 93.

un santuario en la parte más alta, parecen ser la imagen plástica de los varios pisos celestes por encima de los cuales se encuentra la morada de la divinidad. La orientación de las pirámides hacia los cuatro rumbos del universo corrobora esta interpretación. Hace pensar que quienes las edificaron quisieron hacer visible y tangible su antigua concepción del universo. Y no falta la idea de las moradas de los muertos, complemento indispensable en la concepción trascendente del mundo. Testimonio de ello es la representación mural del Tlalocan, o paraíso de Tláloc, en el palacio de Tepantitla dentro del mismo recinto teotihuacano.

Algo es también lo que sabemos acerca de los dioses que adoraban los teotihuacanos. El dios que en los días de la cultura madre aparece con la máscara de tigre alcanza su más completa evolución y se representa en pinturas y esculturas teotihuacanas con los atributos de quien llamarán Tláloc los nahuas posteriores. El antiguo dios viejo, Huehue-téotl, el Señor del fuego y del tiempo, venerado también en la época anterior a la ciudad de los dioses, continúa siendo objeto de culto. Pero, además de estas representaciones sagradas, y de otras como la que parece ser Chalchiuhtlicue, rostro femenino de Tláloc, constantemente se reitera el símbolo de la serpiente emplumada, conocida en los textos posteriores como Quetzalcóatl.

En relación con la serpiente emplumada, hay en Teotihuacan una rica simbología: la cruz de Quetzalcóatl, los símbolos planetarios y los acuáticos, el hombre-tigre, pájaro-serpiente, la mariposa, el jeroglífico de olin y la representación de la flor y el canto. Todo esto se conserva y puede verse en las numerosas pinturas murales de los palacios teotihuacanos y, por lo que a esculturas se refiere, en la extraordinaria pirámide conocida como templo de Quetzalcóatl y Tláloc.

Ya se ha notado en numerosas ocasiones que esta simbología, originada en Teotihuacan, se conservará a través de más de un milenio y será la misma que encontraremos en los códices y en el arte de los pueblos nahuas posteriores. Por esto no es aventurado afirmar que el mundo de los símbolos nahuas alcanza su formulación primera y más plena en Teotihuacan. De aquí que probablemente los textos indígenas que ayudarán a elucidar esos símbolos en la época postclásica podrán también arrojar alguna luz para acercarse a la comprensión del pensamiento de quienes vivieron en la ciudad de los dioses.¹⁶ No parece esto

¹⁶ Véase a este respecto el libro de Laurette Séjourné, *Un palacio en la ciudad de los dioses*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959, en el que se intenta la confrontación de la simbología teotihuacana, presente sobre todo en las pinturas

arbitrario si se acepta que, siendo una la simbología, al menos en su raíz debió de ser una misma la inspiración original.

Si admitimos esto, podríamos formular una especie de catálogo con los principales elementos, símbolos y aun concepciones que parecen haber constituido el núcleo del pensamiento de aquellos sabios, “conocedores de las cosas ocultas, poseedores de la tradición”, que, como dice el texto de los informantes, vinieron a ser los señores de Teotihuacan. Entre esos elementos están los siguientes: el empleo de los calendarios, el *tonalpohualli* y el *xiuhpohualli*; la antigua imagen del mundo, con sus orientaciones cósmicas, sus pisos celestes y las moradas de los muertos; la idea de una suprema divinidad que reside más allá de todos los travesaños celestes; el carácter dual de lo divino manifiesto en la representación de parejas de dioses: Tláloc y Chalchiuhtlicue, Tláloc y Quetzalcóatl; particularmente el culto a la serpiente emplumada, que en los textos posteriores es símbolo de la sabiduría divina y del supremo dios de la dualidad.

A esto hay que añadir la presencia de signos que parecen ser anticipo de la concepción y la práctica de la penitencia que purifica, de la preeminencia del arte que es flor y canto, sin olvidar la organización de grupos dedicados a cultos y prácticas especiales como son los hombres tigres, preludio de los llamados “caballeros tigres” del mundo azteca.

Los elementos que hemos destacado, presentes todos en Teotihuacan, son raíz de lo que más tarde habría de creerse y pensarse en el ámbito del mundo náhuatl. En cierto modo son también continuación de lo que, como ya vimos, floreció en los tiempos de la cultura madre. Como por desgracia no disponemos de otras fuentes para conocer siquiera con sombra de detalle las especulaciones de los sabios teotihuacanos en relación con este marco de ideas y de símbolos, hemos de contentarnos con lo que nos ha revelado la arqueología. Añadiremos sólo que los nahuas posteriores relacionaron a Teotihuacan, donde aparece ya el glifo del movimiento, con los grandes mitos cosmogónicos y situaron en ella el origen del quinto sol, el principio de la edad en que vivimos.

Otras formas de testimonio, más cercanas a lo que hoy consideramos historia, son casi inexistentes. Ya vimos que en los antiguos himnos transmitidos por los informantes se habla de la presencia de sabios. Se alude también allí al modo como fueron edificadas las pirámides e

murales y en la cerámica, con los textos nahuas y otras representaciones de códices con miras a esclarecer su probable significación en virtud de una no interrumpida secuencia cultural.



incluso se da una explicación del significado de la palabra Teotihuacan. Integrada ésta por la raíz de *teutl*, dios, la partícula que indica causa, *ti*, y los sufijos *-hua* de posesión y *-can* de lugar, *Teotihuacan* valdría tanto como “lugar que tiene por propio transformar a uno en dios”. Un solo texto se conserva en relación con esto mismo. Es un poema que atribuyen los informantes a los mismos teotihuacanos y que pone al menos de manifiesto su opinión acerca del elevado espiritualismo de esa cultura:

Según decían:
“Cuando morimos,
no en verdad morimos,
porque vivimos, resucitamos.
Alégrate por esto.”
Así se dirigían al muerto,
cuando moría.
Si era hombre, le hablaban,
lo invocaban como ser divino,
con el nombre de faisán.
Si era mujer, con el nombre de lechuza.
Les decían:
“Despierta, ya el cielo se enrojece,
ya se presentó la aurora,
ya cantan los faisanes color de llama,
las golondrinas color de fuego.
Ya vuelan las mariposas.”
Por esto, decían los viejos,
quien ha muerto se ha vuelto un dios.
Decían: “se hizo allí dios,
quiere decir que murió”.¹⁷

Esto parece ser lo que conocemos acerca de las creencias y pensamiento de los teotihuacanos. Es poco ciertamente, pero nos permite al menos sacar dos conclusiones importantes.

La primera se refiere a la existencia en la ciudad de los dioses de grupos de sacerdotes y sabios, tributarios culturalmente de los más antiguos pobladores de las costas del golfo. A esos *tlamatinime* teotihuacanos se debe la concepción y la creación de la más suntuosa y grande metrópoli que existiera en el ámbito del México antiguo.

¹⁷ Informantes de Sahagún, *op. cit.*, f. 195r; AP I, 94.



Fueron ellos poseedores del calendario e inventores de una rica simbología. A pesar de lo limitado de los testimonios, sabemos que, gracias a sus logros a través de los siglos del esplendor clásico, pudieron arraigar para siempre en la conciencia de los pueblos prehispánicos concepciones y creencias tan llenas de significación como las referentes a Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría, y las de la flor y el canto, como expresión de un sentido estético de la vida.

La segunda conclusión, corolario de la anterior, lleva a afirmar que el pensamiento del hombre teotihuacano es antecedente importantísimo de las lucubraciones de los sabios nahuas de tiempos posteriores. Así como los teotihuacanos derivaron el calendario y otras instituciones de la cultura madre, así también los nahuas de la etapa postclásica recibieron de ellos elementos e ideas fundamentales con las cuales dieron cimiento a su cultura. Gracias sobre todo a los testimonios que se conservan acerca de los toltecas de Tula, que entran ya en un horizonte histórico y que parecen ser los más directos herederos de la cultura teotihuacana, podremos esclarecer mejor la secuencia que lleva a la final aparición de las doctrinas de los *tlamatinime* del periodo azteca. Es cierto que los aztecas fueron en sus orígenes grupos de nómadas procedentes del norte. Pero, al entrar en contacto con las formas de cultura superior de la América Media, principalmente al hacerse herederos de los toltecas, su pensamiento habría de alcanzar raíces muy hondas. Su herencia cultural implicó el legado de los siglos teotihuacanos y el más antiguo aun de los creadores del calendario. Sólo así parece posible explicar el postrer florecimiento azteca que, si es rostro el más conocido y aparente del México antiguo, es también continuación y reinención dentro de un mismo contexto cultural cerca de dos veces milenario.

LA VISIÓN TOLTECA DEL MUNDO

Los *tlamatinime* de los siglos XIII a XVI tenían, como hemos visto, vagas noticias sobre la cultura madre y el esplendor teotihuacano. Poseían en cambio una mayor conciencia del legado cultural del antiguo mundo tolteca. Llegados los pueblos nahuas en diversos momentos a la región de los lagos del Valle de México, tuvieron varias formas de contacto con algunos de los toltecas de Tula y de otros estados, especialmente con los culhuacanos, también de cultura tolteca. Más tarde, entre otros, los tezcocanos harían venir sabios y maestros poseedores del antiguo pensamiento y de las artes para ser enseñados por ellos. Así, unas veces de manera espontánea por procesos inevitables de



aculturación, y otras buscándolo de intento, llegaron a hacerse dueños de las antiguas instituciones culturales.

Para comprender las formas de pensamiento de esos sabios de los siglos XIII a XVI, de las que hemos tratado a lo largo de este libro, mucho ayudará conocer la idea que ellos mismos tuvieron de la antigua visión del mundo atribuida a los toltecas. En función de ella habrían de concebir precisamente sus nuevas doctrinas. Para los *tlamatinime* esa visión del mundo aparece como creación del sabio y sacerdote Quetzalcóatl. Alrededor de esta figura, histórica y mítica a la vez, gira asimismo la explicación que dan de la *toltecáyotl*, conjunto de creaciones toltecas. Y es precisamente en función de las ideas que se atribuyen a Quetzalcóatl como intentaremos aquí acercarnos a la antigua visión del mundo, antecedente el más inmediato de lo que conocemos acerca del pensamiento náhuatl.

Historias y mitos nahuas hablan de Quetzalcóatl, conocido también en los textos como *Ce Ácatl Topiltzin*, “aquel que nació en un día 1-Caña, Nuestro Príncipe”. Quetzalcóatl (¿siglo IX? d. C.), siendo aún muy joven, se retiró a vivir solitario a la región de Tulancingo, para consagrarse a la meditación y al estudio. A los veintitantos años de su edad fue buscado por las gentes de Tula para que viniera a ser su gobernante y guía.¹⁸

Quetzalcóatl edificó en Tula cuatro grandes palacios. Desde ellos comenzó a gobernar a los toltecas, a enseñarles las artes que él mismo había aprendido y, sobre todo, las doctrinas religiosas a que había llegado en sus meditaciones. Su pensamiento, tal como hoy podemos conocerlo, iba a dar nuevo sentido a esa antigua visión del mundo, de la que tenemos noticia por la simbología principalmente de origen teotihuacano.

¹⁸ Al hablar de Quetzalcóatl, deben distinguirse varios sentidos en la aplicación de este término. Por una parte es el nombre del sacerdote, héroe cultural de Tula, nacido, al parecer, a mediados del siglo IX d. C., según la correlación de Walter Lehmann en *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, en *Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, Bd. I, Text mit Übersetzung von Walter Lehmann, Stuttgart und Berlin, 1938.

La advocación de Quetzalcóatl se aplicó asimismo al supremo dios dual, venerado probablemente desde los tiempos teotihuacanos. Finalmente, los sumos sacerdotes de la religión azteca adoptaron también este título.

Para el estudio de la vida de Quetzalcóatl, el sacerdote de Tula, existen dos fuentes principales en idioma náhuatl, además de abundantes referencias de carácter legendario en las obras de cronistas indígenas y españoles del siglo XVI. Las fuentes en náhuatl son: *Anales de Cuauhtitlán*, en *Códice Chimalpopoca*, edición fototípica y traducción de Primo F. Velázquez, México, Imprenta Universitaria, 1945, y *Códice matritense de la Real Academia*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, v. VIII, 1906.

En los mitos aparece el mundo como una gran isla dividida horizontalmente en cuatro grandes cuadrantes o rumbos, más allá de los cuales sólo existen las aguas inmensas. Esos cuatro rumbos convergen en el ombligo de la tierra e implican cada uno enjambres de símbolos. Lo que llamamos el oriente es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizadas por el color blanco; el norte es el cuadrante negro del universo, donde quedaron sepultados los muertos; en el poniente está la casa del sol, el país del color rojo; finalmente, el sur es la región de las sementeras, el rumbo del color azul.¹⁹

Verticalmente, el universo tiene una serie de pisos o divisiones superpuestas, arriba de la tierra y debajo de ella. Por encima, están los cielos que, juntándose con las aguas que rodean por todas partes del mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Vienen luego los cielos de los varios colores y por fin el más allá metafísico: la región de los dioses. Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde está el *Mictlan*, la región de los muertos.

Este mundo, lleno de dioses y fuerzas invisibles, había existido, cual realidad intermitente, varias veces consecutivas. A través de años sin número, los dioses creadores habían sostenido entre sí las grandes luchas cósmicas descritas en los mitos, de los cuales hemos ya tratado en el capítulo II de este libro. El periodo de predominio de cada uno de esos dioses había sido una edad del mundo, o un *sol*, como lo llamaban los pueblos prehispánicos. En cada caso había llegado la destrucción por medio de un cataclismo y después el surgir de una nueva edad. Cuatro eran los soles que habían existido y concluido por obra de los dioses: las edades de tierra, aire, agua y fuego. La época actual era la del sol de movimiento, el quinto de la serie, que había tenido princi-

¹⁹ La distribución del mundo en sus cuatro rumbos, así como los colores y símbolos de éstos, pueden estudiarse principalmente en varios códices, algunos de ellos de origen prehispánico. Véanse principalmente los códices *Borgia* y *Vaticano B*. Debe añadirse que en estos y otros códices los colores cósmicos no son siempre los mismos. Las variantes obedecen probablemente a simbologías propias de las que llamaremos distintas escuelas de pensamiento.

El simbolismo de los colores en los varios rumbos del universo es frecuente en la mayor parte de las culturas del México antiguo y de otras del Asia y del Cercano Oriente. Véase el estudio comparativo de Carrol L. Riley, "Color-Direction Symbolism, an Example of Mexican-South-Western Contacts", *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, México, v. XXIII, n. 1, enero de 1963, p. 49-60.

pio, cuando aún era de noche, gracias a un misterioso sacrificio de los dioses, que con su sangre lo habían creado y lo habían vuelto a poblar.

Ésta parece haber sido la antigua imagen tolteca del universo. Entre las categorías cosmológicas más o menos latentes en ella, están la necesidad de explicación universal, la periodificación del mundo en edades o ciclos, la espacialización del universo por rumbos y cuadrantes, y el concepto de lucha como molde para pensar el acaecer cósmico. En este universo, donde los dioses crean y destruyen, han nacido los hombres con la amenaza de la muerte y de un cataclismo que puede poner fin a la edad presente, al actual sol de movimiento.

El objeto de la reflexión y meditación de Quetzalcóatl, según lo que nos dicen los textos, fue precisamente esta imagen del mundo. Lo que en ella no pudo entender se convirtió tal vez en motivo que habría de llevarlo a inventar una nueva doctrina acerca del dios supremo y de una “Tierra del color negro y rojo” (*Tlilan, Tlapalan*), el lugar del saber, más allá de la muerte y de la destrucción de los soles y los mundos.

Repensando las viejas creencias, Quetzalcóatl pudo expresar su mensaje. Se afirma en un texto que, en su meditación, trataba de acercarse al misterio de la divinidad: *moteotía*, “buscaba un dios para sí”. Quetzalcóatl lo encontró al fin. Concibió a la divinidad, recordando más antiguas tradiciones, como un ser uno y dual a la vez, que, engendrando y concibiendo, había dado origen y realidad a todo cuanto existe.

El principio supremo es *Ometéotl*, dios de la dualidad. Metafóricamente es concebido con un rostro masculino, *Ometecuhtli*, Señor de la dualidad, y al mismo tiempo con una fisonomía femenina, *Omecihuatl*, Señora de la dualidad. Él es también *Tloque Nahuaque*, Dueño de la cercanía y la proximidad, el que en todas partes ejerce su acción. El siguiente texto habla precisamente de esta doctrina predicada por Quetzalcóatl. Se mencionan en él además algunos de los atributos que creyó descubrir el sabio sacerdote en la suprema divinidad dual:

Y se refiere, se dice,
que Quetzalcóatl invocaba,
hacía dios para sí
a alguien que está en el interior del cielo.
Invocaba
a la del faldellín de estrellas,
al que hace lucir las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
La que se viste de negro,
El que se viste de rojo;



La que da estabilidad a la tierra,
El que es actividad en la tierra.
Hacia allá dirigía sus voces,
así se sabía,
hacia el lugar de la Dualidad,
el de los nueve travesaños
con que consiste el cielo.
Y como se sabía,
invocaba a quien allí moraba,
le hacía súplicas,
viviendo en meditación y retiro.²⁰

El dios dual, *Ometéotl*, que por la noche cubre su aspecto femenino con un faldellín de estrellas, en tanto que de día es el astro que resplandece e ilumina, aparece también como Señor y Señora de nuestra carne, como aquel que se viste de negro y de rojo, los colores símbolo del saber, y es al mismo tiempo quien da estabilidad a la tierra y es origen de toda actividad en la misma. Pero ese dios que mora en el lugar de la dualidad, más allá de los nueve travesaños celestes, era invocado también con el título de “mellizo precioso”, nombre que como lo han mostrado, entre otros, Seler y Garibay, significa también, además de serpiente de plumas de quetzal, la voz Quetzalcóatl. Probablemente el mismo sabio sacerdote había derivado su nombre de este título de la divinidad suprema. El sacerdote enseñaba así a los toltecas la forma de acercarse a *Ometéotl-Quetzalcóatl*.

Eran cuidadosos de las cosas de dios,
sólo un dios tenían,
lo tenían por único dios,
lo invocaban,
le hacían súplicas,
su nombre era Quetzalcóatl.
El guardián de su dios,
su sacerdote,
su nombre era también Quetzalcóatl.
Y eran tan respetuosos de las cosas de dios,
que todo lo que les decía el sacerdote Quetzalcóatl
lo cumplían, no lo deformaban.
Él les decía, les inculcaba:

²⁰ *Anales de Cuauhtitlán (Códice Chimalpopoca)*, f. 4; AP I, 15.

—Ese dios único,
Quetzalcóatl es su nombre.
Nada exige,
sino serpientes, sino mariposas,
que vosotros debéis ofrecerle,
que vosotros debéis sacrificarle.²¹

El pueblo tolteca comprendió la doctrina de Quetzalcóatl. Guiado por él, pudo relacionar así la idea del dios dual con la antigua imagen del mundo y el destino del hombre en la tierra:

Y sabían los toltecas que muchos son los cielos,
decían que son doce divisiones superpuestas.
Allí está,
allí vive el verdadero dios y su comparte.
El dios celestial se llama Señor de la dualidad
y su comparte se llama Señora de la dualidad, señora celeste.
Quiere decir:
sobre los doce cielos es rey, es señor.
De allí recibimos la vida
nosotros los *macehuales* (los hombres).
De allá cae nuestro destino,
cuando es puesto,
cuando se escurre el niño.
De allá vienen su ser y destino,
en su interior se mete,
lo manda el Señor de la dualidad.²²

El sabio sacerdote insistía en que el supremo dios dual era el creador de todo cuanto existe y el responsable de los destinos del hombre. Era necesario acercarse a la divinidad, esforzándose por alcanzar lo más elevado de ella, su sabiduría. Los sacrificios y la abstinencia eran sólo un medio para llegar. Más importante era la meditación dirigida a buscar el verdadero sentido del hombre y del mundo. Hacerse dueño de lo negro y lo rojo, las tintas que daban forma a los símbolos y pinturas de los códices. Quetzalcóatl sabía que en el oriente, en la región de la luz, más allá de las aguas inmensas, estaba precisamente el país del color negro

²¹ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, f. 176r; AP I, 95.

²² *Ibid.*, f. 175v; AP I, 33 y 38.



y *Tlilan, Tlapalan*, la región de la sabiduría. Escapando por la región de la luz, podría tal vez superarse el mundo de lo transitorio, amenazado siempre por la muerte y la destrucción. Quetzalcóatl y algunos de los toltecas marcharían algún día a esa región del saber, a *Tlilan, Tlapalan*.

Pero en tanto que el hombre podía llegar al país de la luz, debía consagrarse en la tierra, imitando la sabiduría del dios dual, a la creación de la *toltecáyotl*, las artes e instituciones de los toltecas. Entregarse a la *toltecáyotl* era en el fondo repetir en pequeño la acción que engendra y concibe, atributo supremo del dios de la dualidad, que es también *Tloque Nahuaque*, Dueño de la cercanía y la proximidad.

Precisamente la imagen que tuvieron los sabios nahuas posteriores de Quetzalcóatl y de la *toltecáyotl* ofrece, con los más vivos colores, cual si fuera un antiguo poema épico, la relación de los hallazgos y creaciones de Quetzalcóatl:

Los toltecas eran sabios,
sus obras todas eran buenas, todas rectas,
todas bien planeadas, todas maravillosas...
Conocían experimentalmente las estrellas,
les dieron sus nombres.
Conocían su influjo,
sabían bien cómo marcha el cielo,
cómo da vueltas...²³

El cuadro maravilloso del mundo tolteca en el que todo era abundancia y creación artística, gracias a la sabiduría del sacerdote Quetzalcóatl, no llegó a confundirse, sin embargo, con el más elevado ideal del antiguo sabio y héroe cultural. La grandeza de la *toltecáyotl* seguía siendo, a pesar de todo, una creación en el tiempo, en un mundo amenazado por una final destrucción. El verdadero ideal era la sabiduría, que sólo podría alcanzarse, superando la realidad presente, más allá de las aguas inmensas que circundan al mundo en *Tlilan, Tlapalan*, el país del color negro y rojo.

La historia o leyenda náhuatl acerca de Quetzalcóatl concluye, transformado ya en mito el gran sacerdote, pasando a narrar su huida de Tula, su abandono de la *toltecáyotl* y su marcha definitiva a *Tlilan, Tlapalan*. Quetzalcóatl tuvo que irse forzado por hechiceros venidos de lejos con el empeño de introducir en Tula el rito de los sacrificios humanos. El sacerdote tuvo un momento de debilidad. Rompió su vida de

²³ *Ibid.*, f. 175r-175v; AP I, 96.



abstinencia y castidad. Pero, arrepentido luego, volvió a erguirse para afirmar de nuevo las ideas a las que había consagrado su vida. Quetzalcóatl se entregó entonces de lleno a su propia concepción religiosa y decidió hacer realidad la búsqueda de *Tlilan, Tlapalan*:

Se dice que cuando vivió allí Quetzalcóatl
muchas veces los hechiceros quisieron engañarlo
para que hiciera sacrificios humanos,
para que sacrificara hombres.
Pero él nunca quiso, porque quería mucho a su pueblo,
que eran los toltecas...
Y se dice, se refiere,
que esto enojó a los magos;
así éstos empezaron a escarnecerlo,
a burlarse de él.
Decían
que querían afligir a Quetzalcóatl
para que éste al fin se fuera,
como en verdad sucedió.
En el año 1-Caña murió Quetzalcóatl.
Se dice en verdad
que se fue a morir allá,
a la Tierra del Color Negro y Rojo.²⁴

Éstos son los rasgos principales de la imagen que, al parecer, se forjaron los *tlamatinime* acerca de Quetzalcóatl y de la antigua visión tolteca del mundo. Resumiendo, pueden distinguirse en ella cuatro puntos fundamentales:

Primero. Su aceptación de la antigua concepción del universo con sus cuadrantes, sus pisos celestes e inferiores y su existir intermitente en las varias edades o soles, con la amenaza siempre presente de un fin violento. Y nótese la peculiaridad de la visión tolteca de los ciclos cósmicos, la cual, a diferencia de otras formas de pensamiento fatalista, abre la puerta a diversas posibilidades. Cada edad o sol puede concluir en forma súbita, pero también es posible que siga existiendo, ya que en realidad su ser depende de los dioses y la voluntad de los dioses permanece desconocida para los hombres.

Segundo. La reiteración de la creencia en la suprema divinidad dual, principio que engendra y concibe (*Ometéotl*), Dueño de la cercanía y la

²⁴ *Anales de Cuauhtitlán (Códice Chimalpopoca)*, f. 5; AP I, 97.

proximidad (*Tloque Nahuaque*), respecto del cual las numerosas parejas de dioses parecen ser meras manifestaciones, símbolo de su omnipresencia.

Tercero. El descubrimiento de un sentido y misión del hombre en la tierra, siguiendo el pensamiento de Quetzalcóatl: participar en la creación de la *toltecáyotl*, el conjunto de las artes de los toltecas, imitando así la actividad del dios dual, hasta encontrar en lo que hoy llamamos arte un primer sentido para la existencia del hombre en la tierra.

Cuarto. La convicción de que para encontrar una raíz más profunda es menester superar la misma *toltecáyotl*, en busca de *Tlilan*, *Tlapalan*, la región del color negro y rojo, el mundo de la sabiduría. La idea, transformada en símbolo y mito, de que es necesario trasponer, gracias a la meditación que busca el saber, la realidad presente en la que todo es como un plumaje de quetzal que se desgarrar, para alcanzar una especie de salvación personal en el acercamiento al dios dual cuyo ser se encuentra, más allá de las aguas inmensas, en el misterioso *Tlilan*, *Tlapalan*.

Estas ideas, atribuidas a los toltecas, fueron herencia de los pueblos nahuas posteriores. Incorporadas al pensamiento religioso de los diversos grupos venidos de las llanuras del norte, habrían de sobrevivir para ser repensadas y aun vividas con plenitud por algunos de los *tlatinime*. De este modo, la visión tolteca del mundo volvió a hacerse presente. El estudio de la misma en tradiciones y códices permitió a los sabios nahuas hacer suyas las antiguas categorías mentales enriquecidas probablemente con otros nuevos módulos o maneras de pensamiento enraizados también, casi siempre, en el legado cultural de los toltecas. Esas categorías, expresadas de manera inconfundible en la propia lengua náhuatl, habrían de determinar en buena parte la dirección y sentido de elaboraciones posteriores: los problemas y dudas, doctrinas y respuestas de los *tlatinime*.

FINAL FLORECIMIENTO DEL PENSAMIENTO NÁHUATL

Los pueblos nahuas que hicieron su entrada en el escenario del Valle de México y regiones cercanas fueron asimilando las doctrinas y creencias que eran legado de los toltecas. Innumerables procesos de aculturación, plenamente documentables, tuvieron lugar por lo menos desde los días del abandono de Tula.²⁵ Entre las consecuencias de esos

²⁵ Nos hemos ocupado ya con relativa amplitud de este tema en el ensayo titulado "Algunos procesos de intercomunicación cultural en el México prehispánico", publicado en el volumen I de *Homenaje a Juan Comas en su 65 aniversario*, México, 1965, p. 3-14.



procesos de contacto están las distintas formas de sincretismo que aparecieron en el pensamiento religioso de esos pueblos. Se conservó la antigua visión del mundo, pero interpretada muchas veces a la luz de nuevas ideas.

En los centros, cabezas de los señoríos que se fueron formando, comenzaron a aparecer los grupos de sacerdotes y sabios de cuyo pensamiento y doctrinas nos hablan los textos. Como en todo lo demás, también en el mundo del pensamiento hubo un periodo de asimilación y formación.

Según parece hay que aguardar hasta el siglo xv para encontrar nuevas y originales formas de florecimiento. Nacen entonces distintas interpretaciones de los antiguos mitos, nuevas doctrinas e ideas.

Actuaron primero los grupos o escuelas de sacerdotes dedicados a estudiar la ciencia del calendario, las doctrinas preservadas en los códices, los discursos y las pláticas de los ancianos. A ellos correspondió la elaboración de diversas síntesis en el pensamiento religioso. Más tarde aparecen los *tlamatinime*, "los que saben algo", que formulan preguntas y dudas y comienzan a manifestar su pensamiento valiéndose principalmente de la expresión poética. Algunos de estos *tlamatinime* eran sacerdotes, otros príncipes o gobernantes y aun algunos de condición poco menos elevada, quizá meros *cuicapicque*, "forjadores de cantos".

Entre los *tlamatinime* de Tezcoco podemos recordar a Nezahualcōyotl, y a su hijo Nezahualpilli, así como al forjador de cantos Cuacuauhtzin. Figuras prominentes de la región poblano-tlaxcalteca fueron Ayocuan Cuetzpaltzin, Xayacámach, Tochiuitzin y el sabio señor de Huexotzinco, Tecayehuatzin. De México-Tenochtitlan, por encima de otros varios que podrían mencionarse, destaca el gran reformador Tlaacélel, quien, dando un sesgo distinto a la antigua tradición, echó los cimientos del misticismo guerrero de los aztecas.

En los primeros capítulos de este libro hemos tratado más bien del pensamiento que fue patrimonio en común de las escuelas y grupos de sabios. Sólo ocasionalmente nos ocupamos de las ideas propias de algunos *tlamatinime* en particular. De Nezahualcōyotl se han mencionado sus preocupaciones acerca de la fugacidad de lo que existe y sus ideas en relación con *Tloque Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto. Analizamos también las distintas actitudes de algunos *tlamatinime* frente al problema de la supervivencia después de la muerte. Con más detenimiento expusimos finalmente el meollo del pensamiento de Tlaacélel, principal forjador de la nueva actitud místico-militarista.

Somos conscientes de que hace falta un estudio amplio y directo de los textos que, con fundamento crítico, pueden atribuirse a cada uno de los principales *tlamatinime* de los siglos XV y XVI. Así podrán conocerse también, además de las doctrinas elaboradas por las escuelas de sabios y sacerdotes, las actitudes e ideas propias de los distintos pensadores. La radical diferencia —en algunos aspectos, casi antagonismo— prevalente entre el pensamiento de flor y canto y el misticismo guerrero de Tlacaélel, como se ha mostrado en este libro, anticipa algo de lo que fue la variedad de posturas dentro del mundo náhuatl prehispánico.

Como esperamos ocuparnos en otra ocasión con la amplitud requerida del pensamiento particular de varios de los *tlamatinime*, concluiremos este capítulo recordando, por vía de ejemplo, un testimonio que confirma esta variedad de opiniones y actitudes en el México antiguo. Nos referimos al diálogo que tuvo lugar en el palacio de Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco, probablemente hacia las postrimerías del siglo xv.²⁶

Varios son los textos que con fundamento pueden atribuirse a Tecayehuatzin. A través de ellos puede conocerse su preocupación principal: la de encontrar la forma de pensar y decir “palabras verdaderas”, capaces de dar raíz al hombre en la tierra. Conocedor de las posibilidades de expresión abiertas al hombre, elaboró Tecayehuatzin su propia versión acerca del significado, alcances y origen de “flor y canto”. Como el resto de los *tlamatinime*, sabía él que “flor y canto” es expresión que connota el mundo del arte y del símbolo. Sin escapar de la duda, Tecayehuatzin quiso confrontar su pensamiento con otras posibles respuestas. Para esto nada mejor que escuchar las palabras de quienes se referían también con frecuencia a “flor y canto”. El manuscrito de *Cantares mexicanos*, de la Biblioteca Nacional de México, incluye el diálogo, real o imaginario, que tuvo lugar en Huexotzinco, y en el que aparecen como participantes Tecayehuatzin y varios *tlamatinime*, amigos suyos. En el diálogo se expresan, en un lenguaje literario, las diversas opiniones de los sabios prehispánicos que participan en él, acerca de la poesía, el arte y el símbolo: “flor y canto”.

La conversación se inicia con una salutación de Tecayehuatzin, seguida de un elogio de “flor y canto”. Tecayehuatzin se pregunta luego

²⁶ Ya antes nos hemos ocupado ampliamente de este texto, designado como “diálogo de flor y canto”. Véase *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, por Miguel León-Portilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 126-137. Por ello ofrecemos aquí tan sólo los que nos parecen ser momentos culminantes de este diálogo con la finalidad precisa de destacar algunas de las diferentes actitudes de los sabios prehispánicos.



si “flor y canto” es tal vez lo único verdadero, lo que puede dar raíz al hombre en la tierra:

¿Es esto quizás lo único verdadero en la tierra...?
Sólo con flores circundo a los nobles,
con mis cantos los reúno
en el lugar de los atabales.
Aquí en Huexotzinco he convocado a esta reunión.
Yo, el señor Tecayehuatzin,
he reunido a los príncipes:
piedras preciosas, plumajes de quetzal.
Sólo con flores circundo a los nobles.²⁷

A Tecayehuatzin interesa además conocer el origen de “flor y canto”. Quiere saber si es posible encontrar flores y cantos con raíz o si tal vez es destino del hombre emprender búsquedas sin término, pensar que ha hallado lo que anhela y al fin tener que marcharse, dejando aquí sólo el recuerdo de su vida fugaz.

Las preguntas de Tecayehuatzin reciben muy distintas respuestas. Una a una, los varios invitados las van formulando. El primero en hablar es Ayocuan Cuetzpaltzin, señor de Tecamachalco, a quien conocemos por otros varios textos, entre ellos uno particularmente interesante, que nos lo pinta repitiendo por todas partes las siguientes palabras:

¡Que permanezca la tierra!
¡Que estén en pie los montes!
Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin
en Tlaxcala, en Huexotzinco.
En vano se reparten olorosas flores de cacao...
¡Que permanezca la tierra!²⁸

La respuesta de Ayocuan en el diálogo se refiere al origen y posible permanencia de “flor y canto”. Para él arte y símbolo son un don de los dioses. Y es posible también que flores y cantos sean al menos un recuerdo del hombre en la tierra:

Del interior del cielo vienen
las bellas flores, los bellos cantos.

²⁷ Ms. *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 9v; AP I, 98.

²⁸ *Ibid.*, f. 14v; AP I, 99.

Los afea nuestro anhelo,
nuestra inventiva los echa a perder..
¿He de irme como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi fama aquí en la tierra?
Al menos mis flores, al menos mis cantos.
Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.
¿También es así en *Quenonamican*,
el lugar donde de algún modo se vive?
¿Hay allá alegría, hay amistad?
¿O sólo aquí en la tierra
hemos venido a conocer nuestros rostros?²⁹

Por su parte, Aquiauhtzin, sabio de Ayapanco, da al arte y al símbolo un sentido distinto. Para él flores y cantos son la forma de invocar al supremo Dador de la vida. Éste tal vez se hace presente a través del mundo del símbolo. Puede decirse que lo buscamos como quien, entre las flores, va en pos de un amigo.

Con un pensamiento más hondo, otro de los participantes, Cuauhtencoztli, responde con la expresión de su duda sobre la verdad de “flor y canto”, porque duda asimismo acerca de la posible raíz que pueda tener el hombre en la tierra:

Yo, Cuauhtencoztli —exclama—, aquí estoy sufriendo..
¿Tienen verdad, raíz, los hombres?
¿Mañana tendrá todavía raíz y verdad nuestro canto?
¿Qué está por ventura en pie?
¿Qué es lo que viene a salir bien?
Aquí vivimos, aquí estamos,
pero somos indigentes,
¡oh amigos nuestros!³⁰

A Cuauhtencoztli le responden el mismo Tecayehuatzin y otro *tlamatini* amigo. Con sus palabras quieren disipar lo que consideran actitud pesimista. Flores y cantos son lo único que puede ahuyentar la tristeza; son riqueza y alegría de los hombres en la tierra.

El diálogo acerca del arte y el símbolo, descritos ya como don de los dioses, posible recuerdo del hombre en la tierra, camino para encontrar a la divinidad y riqueza de los humanos, toma luego un sesgo distin-

²⁹ *Ibid.*, f. 10r; AP I, 100.

³⁰ *Ibid.*, f. 10v; AP I, 101.

to. Un nuevo participante, Xayacámach, afirma que “flor y canto” son, al igual que los hongos alucinantes, el medio mejor para embriagar los corazones y olvidarse aquí de la tristeza. Cuando en las reuniones sagradas se consumen los hongos, uno mira visiones maravillosas, formas evanescentes de diversos colores, todo más real que la realidad misma. Pero, después, ese mundo fantástico se desvanece como un sueño, deja al hombre cansado y no existe más. Para Xayacámach esto es el arte y el símbolo, las flores y los cantos:

Las flores que trastornan a la gente,
las flores que hacen girar los corazones
han venido a esparcirse.
Han venido a hacer llover
guirnaldas de flores,
flores que embriagan.
¿Quién está sobre la estera de flores?
Ciertamente aquí es tu casa:
en medio de las pinturas, habla Xayacámach...³¹

Otras varias opiniones se formulan acerca del mismo tema. Alguien dice que sólo recoge flores para techar con ellas su cabaña, junto a la casa de las pinturas. El diálogo se acerca a su fin. Poco antes de terminar, el mismo huésped de la reunión, el señor Tecayehuatzin, vuelve a tomar la palabra. Su corazón sigue abierto a la duda. Su propósito sigue siendo saber si “flor y canto” es tal vez la única manera de decir palabras verdaderas en la tierra. Muy distintas han sido las respuestas que se han ofrecido. Está seguro, no obstante, de que, al expresar como conclusión del diálogo una última idea, con ella estarán todos de acuerdo: “flor y canto” es, al menos, lo que hace posible nuestra amistad. Oigamos sus palabras:

Ahora, ¡oh, amigos!,
escuchad el sueño de una palabra:
cada primavera nos hace vivir,
la dorada mazorca nos refrigera,
la mazorca rojiza se nos torna en collar.
¡Sabemos al menos que son verdaderos
los corazones de nuestros amigos!³²

³¹ *Ibid.*, f. 11r; AP I, 102.

³² *Ibid.*, f. 11v; AP I, 103.

Tal vez no sea exagerado decir que las palabras de Tecayehuatzin y los otros *tlamatinime* implican en el fondo atisbos desde los más variados puntos de vista, dirigidos a comprender el mundo maravilloso de su propio arte prehispánico. En otro sentido, son también, como lo dejó dicho Tecayehuatzin, “el sueño de una palabra”, el afán de pronunciar en la tierra la misteriosa respuesta capaz de dar raíz a rostros y corazones.

Si nos fuera posible presentar aquí en forma mucho más amplia las elaboraciones a que llegaron por el camino de “flor y canto” varios de los *tlamatinime* mencionados y otros más cuyo pensamiento puede también estudiarse, lograríamos tal vez una imagen mucho más cabal de la riqueza y profundidad de lo que llamamos filosofía náhuatl prehispánica. Entre los muchos textos que cabría aducir, están las incontables meditaciones acerca del hombre y acerca de la muerte; acerca de los rostros humanos y *Tloque Nahuaque*, el Dueño de la cercanía y la proximidad, que es como la noche y el viento; sobre el tema de “lo asimilable” (lo que conviene) y “lo que sigue el camino recto” (lo que está completo), norma de acción que da sabiduría a los rostros y firmeza a los corazones. Baste con decir que se conservan centenares de textos, no publicados aún, entre ellos las varias colecciones de *huehuehtlahtolli*, “discursos de los ancianos”, en los que quedó expuesta la antigua sabiduría de origen tolteca, repensada más tarde por los sacerdotes y los *tlamatinime*.

Lo que aquí hemos presentado es una muestra de la variedad de ideas y doctrinas a las que hay que acercarse para aprehender lo más característico del pensamiento náhuatl. En nuestro estudio del problema de los orígenes y evolución de este pensamiento quedan aún muchos puntos por resolver. Hemos afirmado, y ahora lo repetimos, que, sobre todo respecto de las etapas más antiguas, sólo hemos logrado formular hipótesis. Pero, a pesar de esto, podemos sacar una conclusión.

El pensamiento náhuatl, que conocemos principalmente a través de los textos que nos hablan de su florecimiento en los siglos XV y XVI, es consecuencia de una muy larga evolución cultural. De una manera o de otra ese pensamiento es heredero de lo que mucho antes elaboraron los toltecas, los teotihuacanos y aun los más antiguos inventores del calendario, los creadores de lo que con verosimilitud se ha designado como “cultura madre”. Al tomar conciencia de que en él parecen resumirse y recrearse por lo menos dos milenios de actividad intelectual se vuelve más fácil explicar y comprender su extraordinaria riqueza.

En ningún campo, pero menos en el orden de las ideas, puede darse la generación espontánea. La visión del mundo, las dudas y las doc-



trinas de los *tlamatinime* fueron posibles porque desde tiempos muy anteriores hubo en el México antiguo hombres empeñados en conocer el movimiento de los astros, la marcha del tiempo, el enigma de la divinidad y el destino del hombre sobre la tierra. Posiblemente otros hallazgos e investigaciones en el campo de la arqueología y en el de los códices y textos indígenas arrojarán nueva luz y permitirán esclarecer mejor este largo proceso de evolución de las ideas en el contexto cultural del México antiguo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS